

UNA CULPA

vivía en
rida roca,
la peni-
lo des

roca y q
y para ap
aveces las y
vagan han ha
, y que
lejos de huir
nos.

Mientras v
tes de retirars
tiva, era ya u
pero deseando

Compañeros *de estantería*

Diálogo entre libros en una biblioteca

Conchi Jiménez Fernández

de su corazón, le e
Dios, qu

Cuentos ex'raordinarios -3

Libros, muchos libros, hileras de libros colocados en estantes de una biblioteca, quietos, unos junto a otros, ordenados, dormidos, inertes y... ¿en silencio esperando “hablar” con el lector? Seguro que no. He aquí otra manera de escucharlos.

—¡Increíble! ¡Cómo me han puesto los márgenes esta vez! Me han tomado por un *postit* y me han escrito todo tipo de impresiones y comentarios en color rojo, ¡y a bolígrafo!, que ni a lápiz...

Mientras, en la estantería de enfrente se escuchó decir:

—¿Y eso lo suelen hacer muy a menudo?

—¡Hola! Tú eres nuevo aquí, ¿verdad? ¿Cuándo has llegado?

—Llegué ayer, embalado en una caja de cartón junto a otros compañeros.

—¡Ah! Pues veo que te han bautizado muy pronto.

—Sí. Unas manos muy suaves nos fueron sacando uno a uno de la caja. Me abrieron para conocer mejor mis datos personales y los fueron anotando en un gran libro apaisado. Luego escribieron en varias de mis páginas un número precedido de la letra R. Me imagino que eso significaba que ya estaba fichado en esta casa. También me pusieron una marca en algunas hojas y, después de medirme con una regla, fueron introduciendo mis datos en un ordenador. Luego pegaron una bolsa de papel en mi primera guarda y copiaron los principales detalles de mi D.N.I. en una ficha que metieron en esa bolsa. Tras esto, me pusieron boca abajo y me pegaron una etiqueta en el trasero con unos números muy raros y, para que no se despegase, la sujetaron a mi cuerpo con papel celo. Por fin me cogieron y me colocaron de pie junto a estos compañeros que, por lo que veo, son afines a mis convicciones y a mi contenido, y que me acogieron con cariño.

—Pues te doy la bienvenida a esta casa de las palabras, un lugar mágico que se llama biblioteca.

—Gracias. Eres muy amable. Pero por lo que te he oído decir no pareces muy feliz aquí, ¿no?

—Sí soy feliz. En este lugar puedes convivir con la sabiduría de miles de compañeros que esta casa ha ido acumulando a lo largo del tiempo y con otros que llegan con ideas renovadas. También con la bibliotecaria, que nos acompaña mañana y tarde. Además, entrar en la biblioteca te ofrece la posibilidad de internarte en otras muchas casas, poder hablar con mucha gente, dejar que te escuchen abandonando el silencio, el anonimato y la soledad de la espera en las baldas.

—¿Qué significa eso de que puedes entrar en otras casas?

—Significa que esa bolsa que tú dices que te han puesto en la primera de tus páginas y esa ficha que han metido en ella, sirven para controlar a quienes nos toman prestados, a la gente que tiene el carné de la biblioteca y que nos pueden llevar de excursión a su casa durante un tiempo para escucharnos, para dejarnos hablar.

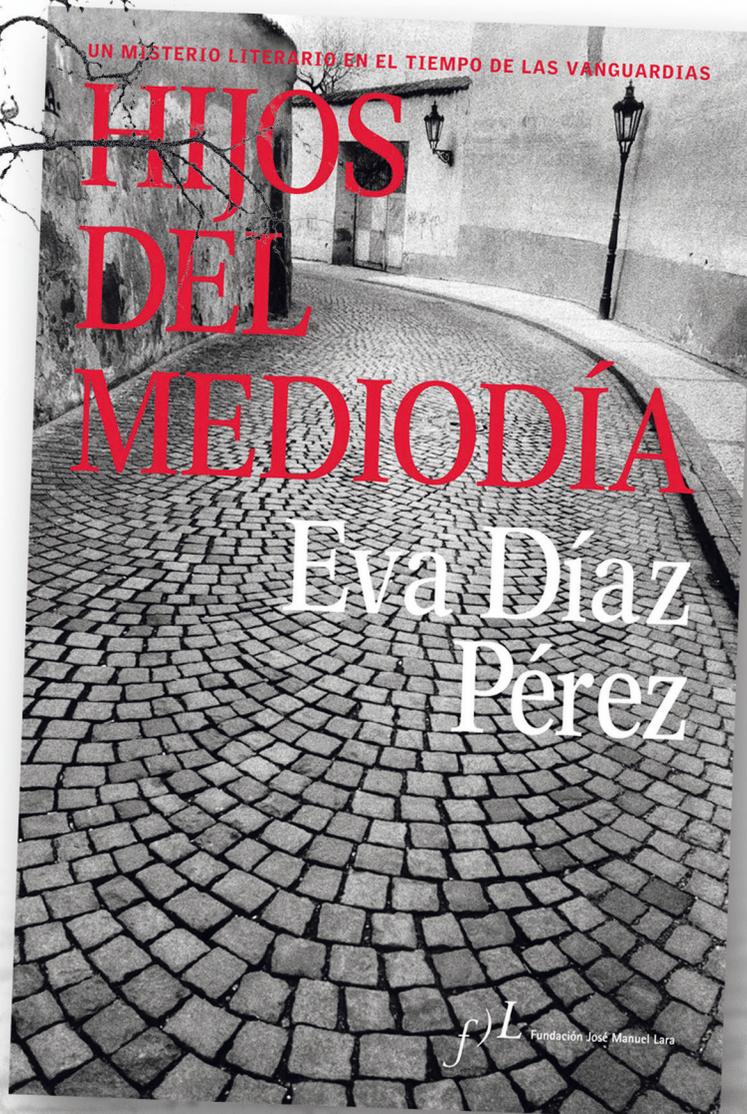
—¡Qué bien! ¡Con lo que me gusta a mí viajar! Debe ser emocionante conocer tantos hogares, ver tantas caras, tantos ojos pendientes de ti.

—Exactamente, tú lo has dicho. Viajamos mucho llegando a ocupar lugares o rincones insólitos como la mesa del comedor, la encimera de la cocina, el sofá, la cama o la mesilla de noche cuando servimos de somnífero, y hasta el baño en aquellas casas donde “las sufren en silencio”... Pero no sólo visitamos hogares. También nos llevan a la piscina, al campo, a los parques, a las cafeterías, a la playa...

—¿Y cómo son esas personas que nos toman prestados?

—Son muy variadas. Pueden ser personas muy sensibles, que nos forran con papel de periódico para no desfigurarnos, que se estremecen al oírnos, e incluso dejan caer alguna que otra lágrima sobre nosotros. Resulta conmovedor comprobar cómo

**SEVILLA, 1926. UN INQUIETANTE
MISTERIO LITERARIO
SE EXTIENDE
POR LOS RINCONES
DE LA CIUDAD**



Un protagonista... el joven periodista Arturo Gándara

Un escenario... Sevilla.

Una época... los años veinte y treinta

Una intriga... cadáveres literarios

y bibliotecas perdidas

f)L Fundación José Manuel Lara

acarician, muy despacio, los filos de nuestras hojas a medida que van escuchándonos con los ojos, cómo recorren nuestras líneas una a una con las yemas de los dedos haciendo esa relación mucho más estrecha, y cómo nos abrazan cuando terminamos de contar la última de nuestras páginas...

Pero no todos los humanos son así. También sufrimos la violencia de algunos convencidos de que, porque vivimos en este servicio público gratuito, tienen derecho a maltratarnos, garabatearnos y tatuarnos como yo lo estoy ahora; o que pueden apoyarse sobre nosotros hasta separar las hojas de nuestro cuerpo, beber café mientras nos escuchan y derramarlo encima manchándonos de manera irreversible; o arrancar de cuajo las páginas que más les llaman la atención deteriorándonos de por vida. El consuelo es que no todos son así.

—¿Y de qué depende que nos tomen prestados o no?

—Esa pregunta es difícil de contestar. Una de las desventajas de residir en esta casa es que vivimos apilados en las baldas y sólo dejamos ver el trasero, es decir, el lomo, que en muchos casos es nuestro único reclamo para aquellos que pasean indecisos entre las estanterías sin saber qué escoger. Otras veces, el pasar de mano en mano depende del boca a boca de los que ya nos han escuchado antes. También dependemos bastante de las modas y de la publicidad, es decir, que nos solicitan



Ilustración: José Manuel Ubé.

más o menos de acuerdo con la mayor o menor propaganda que hayan hecho de nuestros títulos, y caemos en el olvido cuando otros están más en boga que nosotros. Pero en muchas bibliotecas, según he oído decir, nos colocan dejando ver nuestros rostros facilitando así que se produzca el primer flechazo con el usuario, que nos toma entre sus manos y nos lleva a su casa atraído por la curiosidad.

Por otro lado, debemos convivir, y competir, con otros parientes habitantes de esta casa, los tecnológicos, que tienen fama de ser más atractivos. Así que muchas veces vamos a hogares a los que muchos ya llaman *nostálgicos*.

—¿Durante cuánto tiempo se puede permanecer en cada casa?

—Eso varía de un lugar a otro, pero normalmente estamos unos quince días para dar tiempo a escuchar nuestras historias hasta el final. De todas formas algunos tardan bastante en traernos otra vez a la biblioteca porque nos guardan en cajones o bajo papeles y se olvidan de devolvernos. En estos casos debemos esperar a que la bibliotecaria les dé un toque y les recuerde que queremos volver a casa.

—Y si permanecemos todo ese tiempo en las casas de los humanos, ¿cómo saben dónde dejaron nuestra charla para poder continuarla más tarde?

—Porque nos introducen algunos objetos a los que ellos llaman *marcapáginas* y que,



a veces, son de lo más llamativo. La bibliotecaria ha llegado a encontrar olvidados dentro de nuestro cuerpo recetas médicas, cuentas del súper, calendarios, cupones de la ONCE, recibos bancarios, billetes de autobús, fotografías, flores secas, entradas del cine... y hasta un mapa se dejaron dentro de un compañero al que luego nombró Julio Verne en una de sus obras.

Otros, las personas más descuidadas, doblan nuestras esquinas sin ningún reparo, haciéndonos un daño irreparable.

—Y aquí, en la biblioteca, ¿siempre ocupamos el mismo lugar?

—No. Cambiamos de sitio de vez en cuando porque algunos compañeros se jubilan o envejecen, o bien quedan mutilados por malos tratos y la bibliotecaria los retira a descansar. Otras veces se incorporan compañeros nuevos, como tú, y hay que hacerles un hueco. Y, cómo no, hay humanos que nos retiran de nuestro apartamento y no nos vuelven a colocar bien (haciendo caso omiso a las instrucciones de la biblioteca sobre este tema). Nos ponen junto a otros colegas que sólo conocemos de vista y vuelven loca a la bibliotecaria, que no nos encuentra.

—¿Qué ha sido lo más triste y cuál es la mayor satisfacción que puedes contarme de todo lo que has vivido aquí?

—Lo más triste, y lo más grave también, es haber sido testigo de algún robo. Yo he visto cómo una persona le quitaba la camisa a algún vecino y la dejaba en el estante mientras se guardaban en el bolsillo de la chaqueta a este colega al que no volveremos a ver jamás, al que se le ha privado para siempre de la posibilidad de viajar.

Y lo que más me satisface, y me enorgullece, es saber que somos leales a los que nos escuchan, que les podemos acompañar en cualquier momento que lo deseen y en cualquier lugar, que somos amigos que no contamos nada a nadie, ni revelamos a otros lo que pasa en el interior de cada casa, ni las costumbres o manías de cada humano, ni las discusiones familiares que presenciamos... Aunque todo lo hablamos, en estos casos nos mantenemos callados como íntimos y fieles compañeros curando el espíritu de muchos y ayudándoles a encontrarse a sí mismos. ■